

NECROLOGIA

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL DR. IGNACIO CHAVEZ,
EXPRESIDENTE DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA
EN LA CEREMONIA DEL DESCUBRIMIENTO DEL RETRATO
DEL DR. TOMAS G. PERRIN EN LA GALERIA DE PRESIDEN-
TES MUERTOS DE LA CORPORACION

HACE ALGO MÁS DE DIEZ AÑOS, en movimiento unánime, las principales instituciones médicas de México, con la Facultad de Medicina y esta Academia Nacional a la cabeza, se unieron para rendir un homenaje de admiración y de respeto al sabio Maestro don Tomás Gutiérrez Perrín, en ocasión del cincuentenario de su graduación como médico.

En aquella ceremonia tuve el honor de elevar mi voz, a nombre de esta Academia y del Instituto Nacional de Cardiología, para hacer el elogio de don Tomás, en tanto sabio y en tanto hombre de excepción. Otros colegas exaltaron su figura, mostrando las diversas facetas de su personalidad.

Hoy, que ha llegado al final de su camino, viene nuestra Academia a rendirle un tributo fervoroso de gratitud y a descubrir su retrato en la galería de sus antiguos Presidentes. Y me ha pedido a mí, que fui su amigo a lo largo de la vida, su discípulo en el cultivo de la ciencia y su sucesor inmediato en el sitio de la Presidencia de nuestra Corporación, que traduzca los sentimientos de quienes tuvimos la fortuna de ser sus colegas en esta Casa.

Para acercarme a él, hoy que un foso de eternidad nos separa, no encuentro palabras más justas que las que pronuncié en aquella ceremonia, la de su jubileo de oro profesional. Las repito ahora, igual que si estuviera aún entre nosotros, cuando sabía que le llegaban directamente al corazón: "Venimos aquí —decía yo entonces— a conmemorar con respeto, con emoción, los cincuenta años de noble y fecunda vida médica del Maestro don Tomás Perrín. Cincuenta años de su vida en que no pasó un solo día sin estudiar, sin aprender, sin enseñar; cincuenta años en que su tesoro espiritual no dejó de acrecentarse, rica la alforja,

pródiga la mano; cincuenta años en que su bondad ingénita se fue acendrando, hasta hacer de él un hombre sin amargura ni rencores, hombre que camina por el mundo, como un niño, sin defensa y sin recelos, protegido sólo por el milagro de una aureola.

"Todos reconocemos una vieja deuda que tiene la medicina mexicana con este hombre ejemplar, que consagró su vida a servir con lealtad profunda, con austeridad, con eficacia sin desmayo, a todas las instituciones médicas que quisieron gozar de sus servicios y de sus enseñanzas. Generación tras generación, la juventud médica de México pasó por su cátedra de Histología y al par que las estructuras complicadas del cuerpo, que su lección volvía fáciles, todos ellos aprendieron a amarlos y a respetarlos, por lo que tenía de sabio y por lo que tenía de bueno.

"De todas sus prendas personales que, sumadas, han hecho de él un tipo acabado del hidalgo español, hay algunas que le he admirado siempre y que son muy sencillas, pero que deben ser muy difíciles de alcanzar, ya que sólo unos cuantos hombres de selección lo logran plenamente.

"Una de ellas es la sinceridad de su compenetración con lo nuestro, su entrega cabal a México. Español por la raíz y por la sangre, por el sentimiento y por la educación, se incorporó a su nueva patria sin reservas, sin regateos, integralmente. Español y mexicano al mismo tiempo, supo comprendernos, estimarnos y tener para el país una actitud de reverente acatamiento. Si él quiso guardar, como reliquia santa, la nacionalidad con que nació, educó a sus hijos en un culto de amor y de veneración a México y por eso los vemos hoy, mexicanos auténticos, con el afán encendido de honrar y de servir a este país.

"Poseído de este doble amor patrio, el doctor Perrín, a lo largo de muchos años, fue un vínculo de unión fraterna entre México y España, en el campo de la cultura. Con el concurso de amigos suyos eminentes, fue uno de los creadores del Instituto Hispano Mexicano de Relaciones Culturales, gracias al cual vinieron en misión de intercambio, algunos de los más grandes españoles de nuestros tiempos. Sabios histólogos de la talla de Pío del Río Hortega y de Jorge Francisco Tello; filólogos como Fernando de los Ríos; físicos como Blas Cabrera; educadores como Luis Zulueta y María de Maeztu; lo que de más alto había en el campo del pensamiento español era traído a México por el Instituto e incorporado a nuestra Universidad con el carácter de Profesores honorarios.

"La corriente en sentido inverso, apenas hubo tiempo de iniciarla. El Instituto propició el viaje a España de nuestro ilustre biólogo Isaac Ochoterena y de algunos jóvenes que iban en viaje de perfeccionamiento o de investigaciones, como Clemente Villaseñor y Silvio Zavala.

"En este afianzamiento de vínculos, el doctor Perrín hizo algo más. Por su conducto pudimos asegurar la venida a México de compatriotas suyos eminentes, a quienes la marejada de la guerra hizo salir de España, como es el caso de Isaac Costero, que ha creado aquí una escuela de anatomopatólogos, influida esencial-

mente por dos grandes corrientes de doctrina, la alemana, que viene de Virchow y la española, que arranca de Cajal.

"Otra de las facetas del doctor Perrín, que me complace admirar en él y que me conmueve siempre que la observo —tanto más, quizá, cuanto más lejos me siento de tenerla —es la religiosidad auténtica que norma su vida; esa religiosidad que no se ostenta sino que se vive en el silencio y en el recato; esa que no se aprovecha, sino a la cual se sacrifica todo: la paz, la conveniencia y la aspiración legítima largo tiempo acariciada; religiosidad honda que constituye el resorte mismo de la vida. Don Tomás vive con ella, de acuerdo con ella y con el gozo inefable de sufrir, a veces, por ella. Ha logrado en su vida el ajuste cabal entre sus ideas y su conducta, obedeciendo al mandato del filósofo de 'hermanar con la vida el pensamiento'.

"Y esto, trasplantado a la vida de la acción, tiene a veces dificultades tales que se requiere un esfuerzo heroico para remontarlas. El lo ha hecho siempre, sin ostentación y sin vacilaciones. En sus largos años de maestro universitario le ha tocado vivir una época dura, a veces turbulenta, en ocasiones dramática. Se ha visto envuelto en luchas apasionadas del cuerpo médico. Impulsos sordos de renovación, ansias incontenidas de progreso, sacudidas nerviosas de rebeldía, han hecho que los médicos se lancen a la lucha, ora en la Escuela de Medicina, ora en la Universidad o bien en los hospitales. Algunos espíritus superficiales, incapaces de asomarse al fondo de las cosas, pudieron pensar entonces en inmadurez, en ambiciones personales, quizá en sórdidos intereses de grupo. Los que así pensaron pueden hoy ver claro; de esas luchas de ayer es de donde ha nacido el espíritu de renovación de nuestros días. Fue ese viento de borrasca el que barrió con los errores, los prejuicios, las rutinas de años y de siglos. Sería incongruente que afuera, en el ámbito del país, todo hubiera cambiado, y adentro, en nuestra vida médica, todo hubiera seguido como en los viejos tiempos.

"El Maestro Perrín, tan inclinado por su espíritu de bondad a la paz y a la armonía, tan lejos por su temperamento de las luchas y de las polémicas, no vaciló un momento en todas esas crisis. Su firma y su figura prestigiosas estuvieron siempre en la primera fila para apoyar los movimientos de avance. Y cuando fue menester comprometer su puesto de catedrático, lo comprometió con su renuncia.

"Quienes creían que por su dulzura interior y por su espíritu religioso debería ser conservador en sus ideas y en su conducta, miraron asombrados que el doctor Perrín actuaba siempre con espíritu juvenilmente progresista, siempre del lado de donde soplabla el viento de la renovación, encendido en la misma fe y animado de la misma esperanza que las generaciones jóvenes.

"Ya veis, señores, por la información auténtica de quienes han sido los portavoces de nuestras instituciones médicas y sanitarias, y por estas rápidas pinceladas con que he querido fijar algunos de sus rasgos característicos, ya veis, repito, cuál

es la deuda que los médicos mexicanos tenemos con este hombre superior, que ha logrado reunir en su vida los atributos más variados del sabio, del artista, del maestro que no traicionó su doctrina y del hombre justo, que no traicionó a su conciencia. Un ejemplo así, constituye para todos la mejor lección, la vivida, la eterna.

"Que el Maestro Perrín sepa cómo miramos su vida, que tiene, por encima de todos sus valores, el heroísmo de la bondad, de la diaphanidad, de la generosidad. México le devuelve en este día el mismo amor que él ha puesto, a lo largo de cincuenta años, para servirlo y para honrarlo."

Con esas palabras, que a pesar de la acción corrosiva del tiempo conservan toda su verdad, la Academia Nacional de Medicina coloca hoy la efigie del doctor Tomás Gutiérrez Perrín en la galería de sus mejores hijos, los que le sirven de inspiración en su camino eterno.

DR. IGNACIO CHÁVEZ